

James McBride

UNA TIENDA EN CHICKEN HILL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JAMES McBRIDE
UNA TIENDA EN CHICKEN HILL

Traducción de Juan Trejo Álvarez

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *The Heaven & Earth Grocery Store*

1.^a edición: septiembre de 2024

© 2023 by James McBride

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Edición publicada por acuerdo con Riverhead Books, un sello de Penguin Publishing Group, división de Penguin Random House LLC

© de la traducción: Juan Trejo Álvarez, 2024

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-500-8

Depósito legal: B. 12.083-2024

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Primera parte: Se acabó

1. El huracán.....	13
2. Un mal presagio	16
3. Doce.....	28
4. Dodo	47
5. El forastero	60
6. Jalá	70
7. Un nuevo problema	84
8. Paper.....	93
9. El petirrojo y el gorrión	105
10. El zapato Skrup.....	124
11. Se acabó	141

Segunda parte: Atrapado

12. Monkey Pants.....	155
13. Vaquero	165
14. Diferentes pesos y medidas.....	177
15. El gusano	193
16. La visita.....	208
17. La rana toro	217
18. El perrito caliente	229

Tercera parte: El último de los Love

19. Los Lowgod	241
20. La Casa Antes.....	260
21. La canica.....	274

22. Sin su propia música.	285
23. La Biblia de Bernice	296
24. El niño pato	305
25. El trato	321
26. El trabajo	329
27. El dedo	341
28. El último de los Love	351
29. Esperando el futuro	365
 Epílogo: La llamada	 387
 <i>Agradecimientos</i>	 393

En el mismo lugar en que antaño se hallaba la antigua sinagoga de Chicken Hill, en la ciudad de Pottstown, Pensilvania, vivía un viejo judío, y precisamente por eso, cuando la policía estatal encontró aquel esqueleto en el fondo de un viejo pozo en Hayes Street, la primera casa a la que acudieron fue la del viejo judío. Sucedió en junio de 1972, un día después de que un promotor inmobiliario echase abajo lo que quedaba en pie en el solar de Hayes Street para construir allí una nueva urbanización de casas adosadas.

La policía dijo que en el pozo habían encontrado también la hebilla de un cinturón y un pedazo de tela vieja, que, según reveló el laboratorio, había pertenecido a un traje o a una chaqueta de color rojo.

Al viejo le mostraron una joya y le preguntaron qué era.

Es una mezuzá, contestó el anciano.

Coincide con la placa que hay en la puerta, dijo la policía. ¿Estas cosas no se colocan en las puertas?

El anciano se encogió de hombros. La vida de los judíos es portátil, contestó.

La inscripción del reverso dice: «Hogar del mejor bailarín del mundo». Está en hebreo. ¿Habla hebreo?

¿Acaso le ha dado la impresión de que hablo suajili?

Responda a la pregunta. ¿Habla hebreo o no?

A veces me da algunos quebraderos de cabeza.

Usted es Malaquías el bailarín, ¿no es cierto? Eso es lo que nos han dicho. Que es un gran bailarín.

Lo fui. Dejé de bailar hace cuarenta años.

¿Y la mezuzá? Coincide con la placa de aquí. ¿Esto no era un templo judío?

Lo era.

¿Quién es el dueño ahora?

¿A quién pertenece todo lo que hay por aquí?, preguntó el anciano. Apuntó con el mentón hacia la inmensa y reluciente escuela privada que se veía por la oscura ventana. La Escuela Tucker. Se alzaba orgullosa en lo alto de la colina, detrás de una verja de hierro forjado, con su césped bien cortado, sus pistas de tenis y los relucientes edificios de aulas. Un monstruoso bastión de arrogante elegancia que brillaba como un ave fénix por encima del destartado barrio de Chicken Hill.

Llevan treinta años intentando comprar mi casa, dijo el viejo.

Sonrió a los agentes, pero había perdido la práctica totalidad de su dentadura, excepto un único diente amarillo que colgaba como un pedazo de mantquilla de la encía superior, lo que le otorgaba el aspecto de un cerdo hormiguero.

Es usted sospechoso, dijeron.

Sospechoso, shospechoso, dijo encogiéndose de hombros. Tenía más de ochenta años y vestía un viejo chaleco gris, con varios bolígrafos metidos en el bolsillo, una camisa blanca arrugada, un talit arrugado sobre los hombros y unos pantalones viejos también arrugados. Pero cuando introdujo la mano en el bolsillo del pantalón, sus nudosas manos se movieron con tal destreza y rapidez que los policías estatales —que se pasaban la mayor parte de su jornada multando a camioneros en la cercana carretera interestatal 76 e impresionando a guapas amas de casa durante los controles de tráfico, con sus luces de color chicle y sus severos sermones sobre seguridad vial— se asustaron y dieron un paso atrás. El anciano, sin embargo, se limitó a sacar del bolsillo varios bolígrafos más. Les tendió uno a los policías.

No, gracias, dijeron.

Estuvieron dando vueltas un rato más y finalmente se marcharon. Prometieron volver cuando hubiesen sacado el esqueleto del pozo y estudiado un poco más la posible escena del crimen, pero nunca volvieron, porque al día siguiente Dios rodeó Chicken Hill con sus manos y arrancó de cuajo Su última pizca de justicia de aquel desdichado lugar. El huracán Agnes dejó sin electricidad a cuatro condados. El caudal del cercano río Schuylkill creció hasta alcanzar más de dos metros de altura. Según cuentan las viejas mujeres negras de Chicken Hill, los blancos de Potts-

town saltaban de sus tejados como si estuvieran en el Titanic. La tormenta barrió todas aquellas lujosas casas como si fueran polvo, arrasó todo lo que tocó. Ahogó a todos los hombres, mujeres y niños con los que llegó a cruzarse; destrozó puentes, derribó fábricas, destruyó granjas; aquello causó millones de dólares en daños —millones y millones—, que es el idioma que entienden los blancos; millones y millones. Bueno, para nosotros, la gente de color de Chicken Hill, no fue más que otro día en el que dedicarnos a esquivar la maldad del hombre blanco. En cuanto al viejo judío y a la gente que, como él, vivían en esa colina, recuperaron todo el tiempo que les habían robado los que les habían robado todo. Y la mujer judía a la que injuriaron, la señorita Chona, también obtuvo justicia, porque el Rey de Reyes la compensó por todas las cosas buenas que había hecho, la elevó a los cielos y cumplió sus sueños en un instante de la única manera que Él puede hacerlo. Ese malvado tonto que se hacía llamar Hijo del Hombre hacía ya tiempo que se había largado de este país. Y el niño aquel, Dodo, el sordo, todavía vive. Por él levantaron el campamento en el condado de Montgomery, los judíos se encargaron de hacerlo. Eran los dueños de varios teatros, Dios los bendiga. Y los policías y los peces gordos que andaban tras los judíos por el cadáver que habían descubierto en el viejo pozo no encontraron nada contra ellos, porque Dios se lo llevó todo: el pozo de agua, el embalse, la lechería, el esqueleto y cualquier cosa que pudieran usar contra los judíos; lo arrastró todo hasta el arroyo Manatawny. Y, una vez allí, hasta el último resquicio de esa clase de tonterías estilo «quién es el culpable» fue arrojado al río Schuylkill, y desde ese punto fluyó hasta la bahía de Chesapeake en Maryland y después al Atlántico. Y ahí es donde yacen hoy los huesos de ese maldito canalla cuyo nombre no merece ser pronunciado por mis labios. En el fondo del océano, donde los peces dan cuenta de sus huesos y solo el diablo lleva las cuentas.

En cuanto al viejo Malaquías, la policía no logró dar con él. Volvieron a buscarlo otra vez cuando se calmó el follón provocado por el huracán, pero hacía tiempo que se había marchado. Lo único que dejó tras de sí fueron un par de girasoles en el patio de su casa. El viejo señor Malaquías salió de allí limpio de polvo y paja. Era el último de ellos. El último de los judíos del barrio. Ese tipo era un mago. Era increíble. Y además sabía bailar... Ay, Dios... Ese hombre sabía hacer magia...

Mazel tov, querido.

2

Un mal presagio

Cuarenta y siete años antes de que los obreros de la construcción descubrieran el esqueleto en el pozo de la vieja granja de Chicken Hill, el dueño de un teatro judío de Pottstown, Pensilvania, llamado Moshe Ludlow, tuvo una visión en la que aparecía Moisés.

Moshe tuvo esa visión la mañana de un lunes de febrero, mientras limpiaba el desastre provocado por la actuación de Chick Webb la noche anterior en su diminuto Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano en Main Street. Webb y su estruendosa banda, compuesta por doce músicos, sin duda fue el mayor acontecimiento musical que Moshe había presenciado en su vida; a excepción, claro está, de cuando, dos meses antes, Moshe logró traer desde Cleveland a Mickey Katz, el brillante pero temperamental genio yidis de la música *klezmer*, para que tocara durante todo un fin de semana de diversión y entretenimiento en yidis para familias en el Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano. Eso sí que fue el no va más. Para poder actuar allí en el mes de diciembre, Katz, el precoz mago del clarinete, junto a su recién formada banda de siete músicos, tuvieron que enfrentarse a una furiosa tormenta que dejó tras de sí más de treinta centímetros de nieve en las montañas al este de Pensilvania. Gracias al bendito Dios superaron el reto, porque Moshe había reunido en su local a doscientos cuarenta y nueve judíos —comerciantes de zapatos, propietarios de tiendas, sastres, herreros, pintores del ferrocarril, charcuteros, y sus esposas— procedentes de cinco estados diferentes, incluidos el norte del estado de Nueva York y Maine. En-

tre los asistentes se encontraban incluso cuatro parejas que habían viajado en coche desde Tennessee; habían tardado tres días en cruzar las montañas Blue Ridge, y subsistieron a base de queso y huevos, incapaces de respetar el *kosher* del *sabbat*, y todo para juntarse con sus compañeros judíos —y justo antes de la Janucá, momento en el que todos deberían estar en casa con las velas encendidas durante ocho días—. Por no mencionar que uno de los ocho que viajaron desde Tennessee era un fanático y estaba convencido de que el ayuno de Tishá B'Av, que habitualmente se llevaba a cabo en julio o agosto, tendría que hacerse dos veces al año en lugar de una, lo que implicaría quedarse en casa todos los meses de diciembre y pasar hambre y llenar las paredes con fotos de flores durante tres semanas seguidas como muestra de agradecimiento al Creador por su generosidad al ayudar al pueblo judío de Europa del Este a escapar de los pogromos, para poder vivir al amparo de la relativa paz y prosperidad que entrañaba la Tierra Prometida de América. Por culpa de ese tipo y del clima, las cuatro parejas estaban de un humor de perros cuando llegaron, embutidos en dos Packards antiguos —uno de ellos sin calefacción—, tras haber soportado la salvaje tormenta de nieve. Dejaron bien claro que pensaban marcharse de inmediato en cuanto oyeron que iba a seguir nevando, pero Moshe los convenció para que no lo hicieran. Ese era su don. Moshe era capaz de vender arena en el desierto.

—¿Cuántas veces en la vida se tiene la oportunidad de escuchar a un joven genio? —les dijo—. Será el gran acontecimiento de vuestra vida.

Los condujo a la diminuta habitación en la que vivía, en una pensión de Chicken Hill, ubicada en una zona de casas destartadas y calles sin asfaltar donde habitaban los negros, los judíos y los blancos inmigrantes que no podían permitirse nada mejor, los sentó frente a su cálida estufa de leña, les sirvió té frío recalentado y un poco de *gefilte fish*, y los entretuvo contándoles la historia de su abuela rumana, la que saltó por una ventana para evitar casarse con un judío de la Haskalá, pero acabó aterrizando encima de un rabino jasídico austriaco.

—Lo derribó en medio del barro —exclamó—. Cuando él alzó la vista, ella ya le estaba leyendo la palma de la mano. Así que se casaron.

Eso provocó sonrisas y carcajadas, porque todos sabían que los rumanos estaban mal de la cabeza. Con las risas resonando aún en sus oídos, Moshe se apresuró a volver junto a la gente que esperaba ansiosa, en medio de la nieve, a que abrieran las puertas del local.

A Moshe se le encogió el corazón mientras recorría las calles embarradas de Chicken Hill camino de su teatro en Main Street. La improvisada fila que se había formado una hora antes se había convertido en una turba de trescientas personas. Por otra parte, le informaron de que Katz, el temperamental genio, había llegado, se encontraba dentro del teatro, pero estaba de muy mal humor, por todo lo que le había hecho sufrir aquella terrible tormenta, y amenazaba con marcharse. Moshe entró a toda prisa y, para su alivio, descubrió que su siempre fiable ayudante, un anciano de color llamado Nate Timblin, había acomodado a Katz y a su banda entre bastidores, justo delante de la potente estufa de leña. Además, les había servido té caliente en vasos de agua, huevos *kosher* frescos, *gefilte fish* y pan jalá, todo cuidadosamente dispuesto como si fuese un bufé. Ese detalle había complacido al joven Katz, que anunció que él y su banda lo dispondrían todo en cuanto terminaran de comer. Moshe volvió a salir para entretener a la multitud que esperaba ante la puerta del local.

Al comprobar que no paraba de llegar gente, rezagados que salían a toda prisa de la estación de tren cargados con bolsas y maletas, agarró una escalera de mano y se encaramó a ella para dirigirse a los presentes. Nunca en su vida había visto a tantos judíos juntos en un mismo lugar de Estados Unidos. Los esnobs reformistas de Filadelfia estaban allí con sus camisas abotonadas al lado de trabajadores del hierro llegados de Pittsburgh, que se agolpaban junto a ferroviarios socialistas procedentes de Reading, con sus gorras con el logotipo del Ferrocarril de Pensilvania, que a su vez estaban codo a codo con mineros del carbón de rostros grisáceos de Uniontown y Spring City. A algunos los

acompañaban sus esposas. A otros, mujeres que, habida cuenta de sus abrigos de piel, sus botas de cuero y sus deslumbrantes peinados, ni remotamente debían de ser sus esposas. Uno de ellos iba acompañado de una rubia gentil quince centímetros más alta que él, vestida de un alegre color verde irlandés y ataviada con un sombrero a medio camino entre una hoja de trébol y los pinchos de la corona de la Estatua de la Libertad. Algunos parloteaban en alemán, otros en yidis. Algunos gritaban en dialecto bávaro, otros hablaban polaco. Cuando Moshe anunció que todo iba con un poco de retraso, la multitud se inquietó todavía más.

Un joven y apuesto jasídico con caftán y gorro de piel, que cargaba con una bolsa de arpillera y tenía el pelo rizado embutido dentro del sombrero, que llevaba ladeado como si fuese un sombrero de fieltro cualquiera, anunció que había venido desde Pittsburgh y que no bailarían con ninguna mujer, lo que provocó risas y varias exclamaciones altisonantes, algunas de ellas en alemán, sobre los polacos imbéciles que se vestían como paletos.

Moshe se quedó perplejo.

—¿Por qué vienes a un baile si no vas a bailar con ninguna mujer? —le preguntó a aquel hombre.

—No busco alguien con quien bailar —respondió escuetamente el apuesto jasídico—. Estoy buscando esposa.

Los allí presentes se echaron a reír. Poco después, ya bajo el magnífico hechizo de la magia musical de Katz, Moshe no pudo evitar fijarse, maravillado, en cómo aquel hombre bailó toda la noche como si lo empujase un demonio. Se divirtió con todos los estilos de baile que Moshe había visto en su vida; y Moshe, por haber pasado su infancia siendo un *fusgeyer* —un judío errante— en Rumanía, conocía unos cuantos y sabía distinguir los pasos de la danza tradicional hora, de la búlgara, los *khosidls*, *freylekhs*, marchas rusas, pasos altos cosacos. El bailarín jasídico era un prodigio de codos retorcidos, un rítmico giroscopio de gracia elástica y salvaje destreza. Bailaba con cualquier mujer que se le acercaba, y había muchas en el local. Al cabo de un rato, Moshe se dijo que aquel tipo debía de ser una especie de mago.

Las cuatro noches siguientes fueron la más extraordinaria y alegre celebración judía que Moshe había visto jamás. Lo consideró un milagro, en parte porque todo había estado a punto de venirse abajo antes incluso de que comenzase, debido a unos folletos que había enviado semanas antes para fomentar la venta anticipada de entradas. Moshe utilizó un directorio judío en el que figuraban sinagogas y casas particulares donde podían alojarse los judíos que viajaban de un lugar a otro, y envió folletos a todas las sinagogas, pensiones y albergues judíos de los pueblos entre Carolina del Norte y Maine. Los folletos, que proclamaban con orgullo que el gran espectáculo ambulante de Mickey Katz, el Show Invernal de Diversión Yidis y de Recuerdos Familiares del Viejo Continente, se representaría en el Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano de Pottstown, Pensilvania, el 15 de diciembre, estaban impresos en cuatro idiomas: alemán, yidis, hebreo e inglés. Pero Moshe había confiado en exceso en el poder organizativo de los rabinos rurales, y la mayoría de los folletos se perdieron entre el continuo ir y venir de esquelas mortuorias, anuncios de *bar mitzvá*, ofertas de compra y de venta, solicitudes para la matanza de vacas al estilo *kosher*, servicios para la confección de talit, arbitraje de disputas comerciales, problemas con los *mohel* (circuncisiones) y líos matrimoniales..., que eran el pan de cada día en la vida de los rabinos que viven en el campo. Los pocos incautos que se vieron con ánimos para abrir las cartas que envió Moshe con los folletos vieron incrementada su confusión, pues muchos de ellos eran inmigrantes recién llegados de Europa del Este que no hablaban inglés. Estaban convencidos de que cualquier carta con la dirección escrita a máquina era algo así como una notificación del Gobierno, que implicaría la repatriación inmediata de su familia al completo, incluido el perro y los sellos verdes, a su tierra de origen, donde los esperaban los soldados rusos con un regalo especial por haber participado en el asesinato del hijo del zar; a quien, obviamente, habían sido los propios rusos los que lo habían asesinado y le habían sacado los ojos, pero ¿a quién le importaba todo aquello? Por eso se deshicieron de los folletos.

Además, Moshe se equivocó y mandó los folletos erróneos a las congregaciones equivocadas. Los folletos en yidis fueron a parar a congregaciones de habla alemana. Los folletos en alemán, a las que hablaban en yidis y despreciaban a los germanófilos, pues los consideraban unos esnobs. Los folletos en hebreo se enviaron a las congregaciones que hablaban en húngaro, que, como todo el mundo sabía, fingían no saber leer inglés, a menos que en lo que leían se refiriesen a los judíos como «israelitas americanos»... en hebreo. Dos folletos en inglés acabaron en una congregación polaca de Maine que había desaparecido, ya que, con toda probabilidad, a los palurdos de allí se les había congelado el trasero y habían caído en algún río helado. Un comerciante de Baltimore incluso envió por error su folleto en yidis al departamento de publicidad del *Baltimore Sun*, lo que causó un gran alboroto, ya que al encargado de publicidad del periódico le dio la impresión de que aquel comerciante judío de ropa de la zona judía de East Baltimore, que se anunciaba con regularidad en el *Sun*, se dirigía únicamente a clientes que hablaran en yidis. En realidad, el amable comerciante estaba intentando traducir el folleto del yidis al inglés en su trastienda cuando estalló una discusión entre dos clientes. Cuando salió para calmar el alboroto, su mujer, que hablaba yidis, entró en la trastienda, reconoció las palabras «*Baltimore Sun*» entre los papeles de la mesa de su marido, metió el folleto a medio traducir en un sobre junto con su cheque semanal de publicidad y lo envió al periódico. El encargado de publicidad que lo recibió era demasiado tonto para saber la diferencia entre publicidad y editorial y lo envió a la sección local con una nota que decía: «Públicalo mañana porque el judío siempre paga», tras lo cual el editor de noche, un devoto y bienintencionado católico, se lo entregó a un nuevo redactor húngaro de diecinueve años, contratado, en parte, porque afirmaba hablar yidis. El chico volvió a enviar aquel texto mal traducido a publicidad con una nota que decía: «Esto es un anuncio». El departamento de publicidad lo publicó en grande en la página B-4 un sábado, el último día de Sucot, la fiesta judía que celebra la recogida de la cosecha y la milagrosa protección

que el Señor proporcionó a los hijos de Israel. El resultado fue desastroso. El folleto original de Moshe decía, en yidis:

Ven a ver al gran Mickey Katz. Un acontecimiento único en la vida. Diversión familiar y recuerdos judíos. *Klezmer* al rojo vivo, como no se había oído nunca.

El anuncio traducido decía, en inglés:

Mickey Katz viene. Una vez en la vida, siempre una vida. Mira a los judíos arder, bailar y divertirse.

En el barrio judío de East Baltimore, ese anuncio provocó auténtico pánico y furia, ya que muchos de sus habitantes todavía tenían presente que, durante la Guerra de Secesión, el primer rabino de la ciudad, David Einhorn, se posicionó en contra de la esclavitud, fue expulsado de la ciudad, y luego quemaron su casa. Así que le exigieron a aquel comerciante que cerrara su tienda y abandonase la ciudad.

A Moshe casi le dio un patatús cuando se enteró del desastre. Se desplazó a Baltimore y gastó cuatrocientos dólares para arreglar las cosas con el bondadoso comerciante, quien, muy amablemente, le ayudó a redactar un segundo anuncio mucho más adecuado. Pero ya era demasiado tarde. El primer anuncio había sido demasiado para los judíos de Baltimore. Este era demasiado bueno para ser verdad. ¿Un baile *klezmer*? ¿Con el gran Mickey Katz? ¿Por qué una estrella como Katz se dignaría a actuar para pobres vendedores y sastres en las heladas colinas del este de Pensilvania? ¿En un teatro americano? ¿Propiedad además de un *fusgeyer* rumano? ¡Ningún *fusgeyer* era propietario de un teatro! Lo suyo era ir de un lado para otro, cantar canciones y recibir palizas a manos de los soldados del zar. Además, ¿dónde estaba Pottstown? ¿Vivían judíos allí? ¡Imposible! ¡Tenía que ser una trampa!

El resultado fue que tan solo cuatro parejas judías de Baltimore compraron entradas anticipadas para ver al gran Katz, a pesar de

que Moshe contaba con la participación de la numerosa comunidad judía de Baltimore.

Cinco semanas antes del concierto, debiéndole mil setecientos dólares a su primo Isaac de Filadelfia, a quien le había pedido prestado el dinero del alquiler del teatro y de la fianza, y sintiéndose peor que cuando murió su padre, Moshe se arrodilló y le rezó a Dios para fortalecer su espíritu, pero como no le atendió, se fue, totalmente abatido, a la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra, el único establecimiento judío de Chicken Hill. El propietario, un rabino llamado Yakov Flohr, sintió lástima por el joven rumano y le ofreció a Moshe la posibilidad de estudiar hebreo a partir de su Talmud, que guardaba en el mismo almacén donde la menor de sus hijas, Chona, trabajaba con denuevo. La muchacha tenía una pierna más corta que la otra a causa de la poliomielitis, y eso la obligaba a llevar una bota con una suela de diez centímetros de grosor. Chona se pasaba el día clasificando verduras y haciendo mantequilla mezclando colorante amarillo con la crema de leche almacenada en barriles.

Moshe aceptó la oferta del rabino, consciente de que estaba exhausto y necesitado de Dios, y se pasó varias tardes leyendo el texto sagrado con aire sombrío, pensando en su difunto padre y mirando de vez en cuando a Chona, a quien recordaba vagamente como una niña callada y tímida, pero que ahora, habiendo cumplido ya los diecisiete años, era todo un bombón. A pesar de su cojera, destilaba una belleza tranquila, de nariz ancha y labios dulces, pechos amplios, un considerable trasero que se ceñía contra la falda de lana de punto suelto, y unos brillantes ojos que transmitían alegría y felicidad. Moshe, a sus veintiún años, en plena juventud, alzó varias veces la vista del libro en hebreo que estaba estudiando para contemplar el trasero de Chona mientras esta removía la mantequilla en aquellas frías noches de Pensilvania; sus caderas se contoneaban al ritmo de la estufa de carbón situada en el rincón más alejado, lo que provocaba que tan solo caldease la mitad del almacén. Resultó ser una muchacha la mar de enérgica, poseedora de un irónico sentido del humor y que se alegraba de tener compañía. Tras unos días

de agradable conversación, en los que le obsequió con simpáticos chistes y con su sonrisa de brillantes ojos alegres, el joven Moshe se decidió a confesarle los problemas que le acuciaban: el concierto que se avecinaba, las enormes deudas, el dinero ya gastado, los folletos equivocados, las exigencias de una estrella de trato difícil.

—Voy a perderlo todo —le dijo.

Fue allí, en la trastienda del rabino, de pie junto al barril de la mantequilla, sin dejar de batir, donde Chona le recordó la historia de Moisés y las brasas ardientes.

Dejó de batir un momento, echó un vistazo a la puerta para asegurarse de que nadie la observaba, se acercó al escritorio donde él estaba sentado, alzó el polvoriento y maltrecho Talmud de su padre —que ambos sabían que ella tenía prohibido tocar—, agarró el Midrash Rabá que había debajo y volvió a dejar el Talmud. Luego abrió el Midrash Rabá, que contenía los cinco libros de Moisés, y pasó las páginas hasta llegar a la historia de Moisés y las brasas ardientes. Ella también había estudiado religión, le confió, y la historia de Moisés siempre le proporcionaba consuelo.

Fue allí —consciente de la inminente ruina de su teatro, mientras observaba el sagrado Midrash Rabá con un ojo y la encantadora mano de la bella Chona con el otro, latiéndole el corazón movido por el primer arrebato de amor de su vida— donde Moshe supo por primera vez de la historia de Moisés y las brasas de carbón, que Chona le leyó en hebreo y de la que entendió una de cada cuatro palabras.

El faraón colocó un plato de brasas a un lado del niño Moisés y un plato de monedas y joyas brillantes al otro. Si el niño era inteligente, se sentiría atraído por el brillante oro y las joyas, por lo que sería asesinado al suponer una amenaza para el heredero del faraón. Si agarraba las brasas de carbón, se le consideraría demasiado estúpido para entrañar amenaza alguna y se le permitiría vivir. Moisés estiró en un principio el brazo hacia las monedas, pero, al hacerlo, apareció un ángel y hábilmente acercó su mano a las brasas, lo que provocó que se quemase los dedos. El

niño se llevó los dedos a la boca, se hirió en la lengua y eso le causó para siempre un defecto en el habla. Moisés habló de ese modo el resto de su vida, pero el líder y maestro más importante del pueblo judío se salvó.

Moshe escuchó la historia sumido en un extasiado silencio, y, cuando Chona terminó, se encontró bañado en la luz de esa clase de amor que únicamente el cielo puede proporcionar. Acudió al almacén durante algunos días más, sintiéndose henchido con las palabras del Midrash Rabá, respecto a las que hasta entonces se había mostrado ambivalente, así como de la joven flor que le condujo a esas palabras de santo propósito. Después de pasarse tres semanas leyendo el Midrash Rabá, Moshe le pidió a Chona que se casara con él y, para su asombro, ella aceptó.

A la semana siguiente, Moshe depositó ciento cuarenta dólares en la cuenta bancaria de Yakov a modo de regalo, y luego se citó con Yakov y con su esposa para pedirles la mano de su hija. Los padres, ambos búlgaros, estaban tan contentos de que alguien que no fuera un cíclope estuviera dispuesto a casarse con su hija discapacitada —¿qué problema había en que fuese rumano?—, que dieron su visto bueno de inmediato.

—¿Por qué no la semana que viene? —preguntó Moshe.

—¿Por qué no? —respondieron ambos.

La modesta boda se celebró en Ahavat Achim, la pequeña sinagoga que daba servicio a las diecisiete familias judías de Pottstown. Asistieron el primo de Moshe, Isaac, de Filadelfia, los padres de Chona, felices hasta el delirio, y unos cuantos judíos locales que Yakov había reunido para crear el imprescindible minyán de diez judíos para pronunciar las siete bendiciones nupciales. Dos de ellos, polacos, trabajaban en la estación de tren de Pensilvania y se apresuraron a llegar a Chicken Hill para comer algo *kosher*. Los dos aceptaron asistir a la boda, pero pidieron cuatro dólares cada uno para poder ir en taxi a Reading, donde debían presentarse a la mañana siguiente por cuestiones laborales. Yakov se negó, pero Moshe les dio el dinero encantado. Era un precio irrisorio por poder casarse con la mujer que le había dado más felicidad de la que jamás había soñado.

Tan inspirado estaba por su nuevo amor que se olvidó por completo de los mil setecientos dólares que había gastado. Vendió su coche por trescientos cincuenta, pidió prestados otros mil doscientos a Isaac y se gastó el dinero en anuncios para el concierto, esta vez bien ubicados. Logró vender más de cuatrocientas entradas.

Durante cuatro noches, Mickey Katz y sus mágicos músicos los obsequiaron con la música *klezmer* más emocionante y gloriosa que jamás se había escuchado en el este de Pensilvania. Cuatro noches de jolgorio judío, salvaje y desenfrenado. Moshe vendió de todo: bebidas, comida, huevos, pescado. Incluso alojó a veinte neoyorquinos exhaustos en el balcón del segundo piso de su teatro, por lo general reservado para los negros. Las cuatro parejas de Tennessee, que habían amenazado con marcharse, se quedaron todo el fin de semana, al igual que el bailarín jasídico que juró que no bailarían con mujer alguna. Fue un éxito rotundo.

A la mañana siguiente, Moshe estaba barriendo la acera delante de su teatro cuando vio que el bailarín jasídico se dirigía a la estación de tren.

No llevaba puesto el sombrero de piel. En su lugar, lucía un sombrero de fieltro. El caftán se había convertido en una americana. Moshe apenas lo reconoció. Cuando el joven pasó a su lado, Moshe se dirigió a él.

—¿De dónde eres? —preguntó. Pero el hombre caminaba de forma rápida y silenciosa y siguió avanzando por la acera. Moshe gritó a su espalda—: Vivas donde vivas, es el hogar del mejor bailarín del mundo, te lo aseguro.

Eso fue todo. El jasídico se detuvo, metió la mano en su bolsa y, sin mediar palabra, caminó de vuelta hacia Moshe, le entregó una botella de *slivovitz* (aguardiente de ciruelas), se dio la vuelta y echó a andar de nuevo por la acera a toda velocidad.

Moshe le dijo alegremente:

—¿Has encontrado esposa?

—No necesito una esposa —respondió al tiempo que agitaba una mano sin mirar atrás—. Soy un *twart* de amor.

—¿Un qué?

—Un negado —dijo—. ¿Es que los rumanos no os enteráis de nada?

Antes de que Moshe pudiera responder, se oyó un estallido, como el de una botella de champán al descorcharse, aunque mucho más fuerte. Los dos hombres se quedaron paralizados. Miraron hacia la pequeña maraña de casas de Chicken Hill que se extendía por detrás del teatro de Moshe. Una pequeña columna de humo negro se elevó en el aire, proveniente, al parecer, de una de las destartaladas casas, hasta que el humo se desvaneció en el cielo.

—Eso es un mal presagio —dijo el jasídico y echó a correr. Moshe gritó:

—¿Cómo te llamas?

Pero el jasídico ya había desaparecido.